



LA SEGUNDA
Miércoles 3 de Mayo de 1985

7

La otra mirada de Quintín Quintas

Escribe Alfredo Pacheco Barrera

El destacado periodista Alfredo Pacheco Barrera —Premio Nacional de Periodismo en 1965 y Premio "Alejandro Silva de la Fuente", de la Academia Chilena— acaba de publicar una selección de crónicas publicadas por "El Sur" de Concepción entre 1980 y 1982.

Pacheco ("Quintín Quintas") señala en el prólogo del libro "que este tipo de crónica, que abundó cuando se hacía periodismo costumbrista, corresponde a una glosa o comentario breve que de una manera subjetiva y de un modo coloquial o liviano trata cualquier tema. Pienso que su éxito marcha a parejos con la posibilidad de parecerse a una conversación con el lector".



Alfredo Pacheco B.



Respecto al seudónimo que usa desde hace varios años, cuenta que lo adoptó "con apuro una noche, junto a la página a medio llenar de un vespertino por nacer, que tenía la columna número cinco en blanco. Wilde defiende los seudónimos porque liberan a la imaginación y asegura que nunca una persona es menos creadora y sincera que cuando escribe con su nombre. Añadió que el seudónimo, aun en el caso de ser transparente, le ponía alas a la pluma del que lo usaba. Es posible que sea así, pero a mí el seudónimo me está caminando. Cada día reclama más de mi tiempo. A veces pienso dejarlo de repente, y luego me arrepiento. Con los hijos de la fantasía hay que ser leales".

"Una de las contribuciones que he deseado hacer mediante mi pertinaz columna —concluye Pacheco— ha sido la de poner el acento en el valor de todo lo penquista y de esta manera aumentar la identificación de los vecinos con su ciudad".

A continuación publicamos una de las crónicas incluidas en el libro titulado "Vocación Frustrada".

Vocación frustrada

Confieso que desde pequeño me gustaron mucho las ceremonias públicas: los desfiles, aunque fueran de boy scouts; los discursos, las visitas importantes, las coronas en los monumentos y las primeras piedras. Sobre todo estas últimas. Me impresionaba la soledad de esos trozos de concreto, sepultados con tanta fanfarria y tanta esperanza. Tuve que empinarme sobre los diez o doce años para poder apreciar de cerca esas manifestaciones del

espíritu cívico de mi pueblo. Antes de esa edad, por ser pequeño, debí conformarme con escuchar música marcial y mirarlos las espaldas a los grandes, que siempre son los que ocupan la primera hilera.

Se me despertó en esos días una pronunciada vocación: quería ser hombre público. Y llegué casi a pelear con mis primos que defendían otras actividades, como las de bombero o conductor de radio-patrullas.

Detrás del sueño de ser hombre público, yo sabía que estaba el gusano de la vanidad, royendo y royendo la manzana de las ansiedades. En todo caso, mi vocación quedó trunca, y más tarde se hizo trizas. Lo segundo ocurrió cuando en mi barrio nombraron una comisión para pedirle al municipio que no podara los árboles y fueron designados dos vecinos, en circunstancias que éramos tres los que habíamos asistido a la reunión. Me convencí que no tenía dedos para tocar en ese piano. Y me conformé entonces con seguir siendo espectador de ceremonias y callado coleccionista de primeras piedras.

En la actualidad tengo amigos que son hombres públicos y de su amistad me honro. Pero no los envidio. Esa tarea es demasiado exigente. Hay que tener buena salud, una paciencia infinita, conocer todos los recovecos del protocolo, aprenderse de memoria el puzzle de los nombres y las caras cruzadas, sonreír como locutura de continuidad y dar siempre la impresión de estar recién bañado, descansado y optimista. Yo miro a mis amigos y los admiro en silencio. La apariencia y la compostura son cosas difíciles de guardar.

Y eso que sólo los conozco en público. Poco sé de los problemas de oficina, de los uniformes para mañana en la mañana y las recomendaciones para hoy sin falta, de las salas de espera donde hay que meter a la gente con calzador y de la máquina de escribir con una letra ausente.

Uno de ellos me hacía tristes confidencias, como las del dulce lamentar de los pastores de Górcilaso. Todos los días, explicaba, tengo que ver las mismas caras, con las mismas sonrisas. A veces, los saludos, los chistes y los comentarios son también los mismos del día anterior y siento la impresión de que el tiempo no transcurriera, que se hubiera detenido.

Otras veces, en un cóctel, cuando me siento ya muy hallado, tengo que partir porque el jefe se ha levantado para irse y en otras oportunidades, cuando huelo un pisco sour insostenible, hecho con pisco barato y un limón estrujado el semestre anterior, y todos los músculos me invitan a escapar por la ventana, tengo que quedarme y beberme lentamente, con cara de satisfacción, porque el jefe ha dado el ejemplo.

Han pasado los años y ya he perdido totalmente mi vocación de hombre público. Es difícil serlo. Se cosechan satisfacciones, es cierto, pero, como decía Gabriela refiriéndose al amor, suele ser un amargo ejercicio.

Hay que aplaudir, entonces, a quienes desempeñan estas altas funciones. Con simpatía y con cariño. Porque hasta suelen ser blanco de bromas, y ellos me han contado, son los primeros en reírse.

La Otra mirada de Quintín Quintas [artículo].

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La Otra mirada de Quintín Quintas [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile